

JUAN BONILLA

LA NOVELA  
DEL BUSCADOR  
DE LIBROS

*f)L* Fundación José Manuel Lara

Primera edición: septiembre, 2018

© Juan Bonilla, 2018

© Fundación José Manuel Lara, 2018

Avda. de Jerez, s/n. Edif. Indotorre. 41012 Sevilla (España)

Maquetación y diseño: milhojas. servicios editoriales

Fotografía de cubierta: Nuria Mendoza Olivares

Fotografías de interiores: Juan Bonilla, Alex Pons, José Ángel Borja, Juan Carlos Carbajo, Javier Carazo, Verónica Díez, Sueve Mariner, Nuria Mendoza, Ángel Fernández, Antón Castro

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Depósito legal: SE 1208-2018

ISBN: 978-84-17453-00-8

Printed in Spain–Impreso en España

Supongo que alguna vez hubo una meta y uno sabía lo que buscaba o necesitaba leer por las razones que fuera. Pero ya hace mucho que las metas se quedaron en la cuneta de los buenos propósitos y el deseo de búsqueda se cumple en sí mismo: es la diferencia que hay entre correr 1500 metros o 5000 o los que sean, y sencillamente echarse a correr. La biblioteca es un organismo que rechaza la idea del todo: en aquella vieja disputa entre filósofos de antes de Sócrates –disputa que reverbera en discusiones teológicas de algunos científicos actuales–, entre el todo y el infinito, la biblioteca cree firmemente en el infinito, desprecia la mera posibilidad de que haya un todo. Siempre hay algún volumen por conquistar, alguno que está más allá, no sólo los que pertenecen al futuro, también los que se esconden en los pliegues del pasado.

Ahora depende de los días, la curiosidad la sigo teniendo despierta y con hambre, así que basta con que un columnista mencione un libro que no conozco para que se me abra el apetito, basta enterarme, en un prólogo, en una conversación, de la existencia de un libro apetitoso que yo ignoraba para que me ponga a la tarea de conseguirlo. El último de ellos, por fijar un ejemplo y huir de la abstracción, la edición clandestina de los *Cantares* de José Afonso, preciosamente interrumpidos por estampas de un fotógrafo mozambiqueño y publicado en 1968. Horacio Fernández me lo descubrió en una conversación de guasap, me dijo que no había ejemplares en la red y

sentí que me estaba retando. He pasado el día en pos de él hasta que he dado con un *alfarrabista* que lo ofrecía en una página que no se refrescaba desde hace diez años. Le escribí porque lanzando botellas con mensaje al mar soy muy bueno, y para mi gran sorpresa el hombre me contestó, pero sólo admite pago en metálico y tuve que comunicar con amigos portugueses por si tenían a alguien que viviera en Coimbra y... en fin. Dentro de una semana o dos el libro llegará y sentiré que mereció la pena, aunque también sea inevitable considerar el tamaño de la estupidez que hay en sentir que uno necesita un libro del que no sabía nada hace unas horas.

Igual que uno va perdiendo facultades en muchos deportes, va ampliándolas en las que conciernen a verle el interés a cosas y disciplinas que hace quince o veinte años le parecían pseudónimos del sopor. En algún momento descubrió que lo que hace que algo sea apasionante no es el qué sino el cómo: tal vez lo supo desde siempre, aunque no creo. Hace treinta años un texto tan estático como *Monsieur Teste* nos parecía un coñazo irremediable y ahora nos resulta conmovedor y tan exacto, buena prueba de que una vida que se sabe inverosímil por principio, una excursión mental, puede tener mucha más energía y acción verdadera que novelas o libros de historia en los que no paran de suceder cosas y vemos desfilar existencias tan llenas de vida que cuando tratan de ser encapsuladas en algún tipo de expresión artificial –un relato, un poema– pierden toda su potencia. Hasta el localismo que en mi juventud me parecía deprimente me ha acabado convenciendo de que el mundo es un Jerez más grande, y me he asomado dichoso a memorias de flamencos o ensayos sobre la Semana Santa que terminaron por parecerme muchísimo más exóticos que libros de japoneses o maorís.

No recuerdo un día en que no haya buscado libros. Desde que entramos en la era de internet exige menos esfuerzo físico, es cierto, y el montón de posibilidades que se te brindan es un espejismo: AbeBooks tiene un sistema de alertas gracias al que puedes introducir los datos de los libros que vas buscando para que quedes avisado en el momento en el que alguien los ponga a la venta, yo debo de haber ingresado ahí los datos de medio millar de libros de los que sólo un diez por ciento ha acabado apareciendo –lo que no quiere decir que los haya comprado, porque a menudo salían a precios disparatados o por lo menos imposibles para una cartera como la mía. Lo cierto es que si no echo de menos más de la cuenta las librerías de viejo de mi juventud es seguramente porque mi casa se ha convertido en una librería de viejo (aplicada a alguna época, ay, esta frase no tiene un gramo de metáfora).

Este es un libro de encargo. Ignacio F. Garmendia me lo propuso y yo acepté. No pretende ser ni una apología –pues eso sería directamente idiota– ni un ensayo histórico –que ya está escrito, se titula *Enfermos del libro* y lo firma Miguel Alberó. Es sólo una memoria desordenada, porque la búsqueda de libros es así, desordenada, azarosa: es su principal encanto, saber cuando sales de caza que no sabes con qué te vas a encontrar, lo que te exige aquello que Nietzsche pedía para apreciar la melodía de la existencia: estar atentos, permanentemente atentos. Vamos allá.